AÑO III ENERO DE 1889 NUM. 1

GALICIA

REVISTA REGIONAL

BORRADOR DE UN PROEMIO

POR

A. MARSAL

I

No es la presente generación la mejor dispuesta á creer en lo maravilloso, que si por el momento la deslumbra, chispa es que se apaga instantáneamente en la nieve de la reflexión. No me importa, ni deseo saber si esto consuela ó entristece, pero es indudable que esta predisposición á la incredulidad es característica de nuestro ciclo. Hoy no se creen, por lo general, ni aun en las aldeas, otros milagros que los realizados por la naturaleza, la ciencia y el arte, y aun estos mismos suelen ponerse en duda, hasta que se vulgarizan y son conocidos sus efectos por la generalidad.

La acerada piqueta de las ciencias físico-químicas y de las naturales ha derribado por sus cimientos arraigadas y seculares creencias en lo que se refiere á los orígenes del mundo y del hombre, á los sistemas astronómicos y añejas y fan-

tástieas teogonías; y las modernas ciencias históricas nos muestran frecuentemente, merced á sabios y profundos trabajos y á felices descubrimientos, seres, razas, pueblos, lenguas y civilizaciones que nuestros antepasados no habían sospechado siquiera: que si aquellos continuaban primitivas tradiciones y conservaban noticias someras de hechos antiquísimos, solíanlos exponer de tal modo que añadiendo misterios á misterios, cada vez los hacían más confusos, quitándoles su pristino carácter, y aplicándolos, así mixtificados, á determinados fines.

Sería empeño temerario negar que en las pasadas centurías, hubieran existido algunas inteligencias elevadas y reflexivas, que en las soledades del claustro ó en el silencio de la morada, íntentaran explicarse racionalmente la causa de ciertas creencias, y la razón de determinados misterios. Valor inmenso necesitaban aquellos sabios, pero timoratos varones, para comunicar las ideas que hervirían en sus cerebros y afluirían á sus labios y á sus plumas ante la perspectiva de anatemas, odios y persecuciones sin cuento. ¡Qué horrible tormento el de aquellos desgraciados!... Compadezcámosles y bendigamos nuestros tiempos en que, si bien con ciertas restricciones en algunos países, puede cualquier ciudadano emitir libremente sus ideas en la tribuna y en la cátedra, en el periódico y en el libro, en la seguridad de que si aquéllas fueren racionales y útiles serán recibidas con benevolencia y aplauso por la opinión pública, y, de no serlo, este juez supremo creará el vacío del silencio á su alrededor, les pondrá la coroza del ridículo ó los condenará á eterno baldón; castigo seguro é inmediato que aplica el buen sentido á los necios, á los locos y á los malvados.

Debido á los mencionados estudios y descubrimientos y habiendo logrado desligarse de las mallas religiosas en que se hallaban presos los antiguos narradores, los historiógrafos modernos han derribado de un soplo en pocos años centenares de edificios levantados y sostenidos por la ignorancia; en el transcurso de los siglos, restaurado muchos que aparecían derruidos de tiempo inmemorial y limpiado á no pocos la espesa capa de cal que los cubría y ocultaba á sus investigadoras miradas. Con la potente ayuda de las ciencias auxiliares de la Historia, por ellos creadas, y descartando de la tradición y de las antiguas narraciones escritas lo que tienen de conseja, y del expíritu exclusivista que los informa, nos va, haciendo ver la luz en las oscuridades de la Edad-

media y, debido á la aplicación del método analítico y de un criterio racional, frío, *láico*, á hechos oscuros y á personajes históricos mal descritos ó peor comprendidos que existieron en tiempos relativamente modernos, nos los van dando á conocer, aquéllos, en sus menores detalles y en su finalidad, y éstos, bajo sus diferentes aptitudes é influencia y significación que en su tiempo alcanzaron.

Pero los estudios que se han hecho de la historia universal y de las nacionales, tienen que ser deficientes é incompletos en tanto no se haga separadamente el de las regiones, provincias, ciudades y villas que han contribuído á la unidad histórico-política nacional; y esto es precisamente lo que falta por hacer en gran parte de España, en donde existen aún copiosos materiales para este estudio á pesar del saqueo de que han sido objeto y del descuido en que se han tenido y tienen nuestros Archivos municipales, y de Catedrales de Chancillerías, Audiencias, Administraciones de Hacienda y casas particulares, y de aquellos Centros en que se han enterrado las riquezas paleográficas de las provincias de España.

La mayor parte de lo escrito sobre historias regionales, provinciales y locales, y aun de biografías, es de antigua fecha y adolece, por lo general, de los defectos que hemos indicado anteriormente, es decir, que la conseja informa la parte literaria de estas obras; y la histórica, los asuntos religiosos casi exclusivamente: no siendo raro ver unidas la fábula, la religión y la historia; aplicados los hechos acaecidos en ciertos países y tiempos á otros lejanos; los misterios y la liturgia de una religión antigua á otra más nueva y dominante, ó las hazañas de un héroe mitológico á un capitan moderno, no importando las circunstancias de lugar y tiempo. Los historiadores antiguos han sido más sectarios que críticos, y los poetas llevados de su ardiente imaginación y exagerado patriotismo, no fueron ni son los que menos han contribuído y contribuyen á mutilar la verdadera historia, atribuyendo orígenes fabulosos á pueblos y ciudades, y hechos extraordinarios á aquellos personajes que por su virtud, por su valor ó por su talento lograron elevarse sobre el nivel ordinario de sus contemporáneos. La poesía insipiente ha sido y es todavía vehículo seguro para progagar no pocos errores, que han pasado como verdades inconcusas para el vulgo y tolerados hasta por personas, si de cierta ilustración, de religiosidad escrupulosa, que se han abstenido de rechazar ciertas ideas y negar determinados hechos por temor á

romper con las vulgares creencias ó por mal entendido patriotismo.

La historia se estudia hoy afortnnadamente tanto en los monumentos de todo género como en los libros; se depuran los hechos y se describen éstos y los personajes históricos, porque es preciso hacerlo para que sean conocidos, pero se da mayor importancia á su significación, á su finalidad y á la influencia que aquéllos pudieron tener en épocas y lugares determinados; y aun cuando el prurito de escuela, el ciego patriotismo ó la pasión política haga aparecer á veces recargado de colores ya sombríos, ya alegres tal cual hecho ó personaje, esta circunstancia no basta á desfigurarlos y el lector, ya menos cándido y más ilustrado, sabe buscar el punto de vista en que se ha colocado el autor.

El amor al país en que se ha visto la luz y balbuceado las primeras palabras, el apego á la casa paterna, el cariño preferente que se tiene á la familia, á los amigos y á los vecinos más inmediatos, que viven nuestra vida, que respiran nuestra atmósfera, hablan nuestra lengua, tienen nuestras costumbres, nuestro origen, nuestra historia; eso, que hoy se llama Regionalismo (1) que ha existido siempre, aunque más ó menos latente por circustancias especiales ó por contingencias de la vida, y se practica, aun por los mismos que lo combaten, en la tribuna y en la prensa y hasta en el sagrado recinto de las leyes en el que, se batalla encarnizadamente por obtener para los distritos electorales la mayor suma de beneficios posible, y en donde truenan Castilla y Andalucía, Cataluña y Galicia cuando creen aquellas regiones que una medida adoptada por los Gobiernos lastima sus intereses; es el noble espíritu que unió cien veces á los hijos de una misma región para rechazar enérgicamente las invasio-

(1) Yerran, en nuestro sentir, los que condenan el regionalismo gallego, por desconocer, sin duda, sus alcances y significación, y sin estar al tanto de su desenvolvimiento y progresos. El regionalismo históríco-literario, representado por el actual renacimiento de la lengua y literatura gallegas, no solamente no es atentatorio á la unidad nacional, sino manifestación nobilísima de laboriosidad y cultura; y cuanto al político, unos pocos desean para Galicia la autonomía bajo la forma monárquica federal y, otros, bajo la republicana. Creen los partidarios de ambos sistemas que sólo poniendo aquéllos en práctica podrá llegarse en breve plazo á la tan debatida unión ibérica, sirviendo Galicia de intermediario y lazo de unión con Portugal. La idea exclusivista de *separatismo* no existe en Galicia sino como forma y recursos meramente poéticos.

nes extranjeras en nuestro suelo, cuando el poder central era impotente y su acción nula y el que no sólo ha creado por propia é individual esfuerzo las nacionalidades sino que ha hecho al mismo tiempo su historia. Descartad de las generales lo que tienen de regional, y poco más hallaréis en ellas que monografías de la Corte y de su política é intrigas, amenizadas con tal cual capítulo de adulación y servilismo.

No ha sido ciertamente Galicia la región de España que menos contingente ha llevado á la historia nacional: Vasco de Ponte, Seguín, Molina, Salgado, Nóvoa, Gándara, Ojea, Sotelo, Riobóo y otros se han ocupado en tiempos antiguos de escribir con mayor ó peor fortuna sobre asuntos generales de este reino y varios otros, la historia de algunas de sus ciudades, villas, iglesias, monasterios, instituciones, personajes célebres, etc. y si bien adolecen estas obras de los defectos que les marcaron los tiempos y las ideas dominantes, son por esta parte dignas de aprecio, porque nos suministran no pocos datos y noticias, que desconoceríamos sino los hubieran hecho constar en ellas sus autores y aun copias de algunos documentos de interés cuyos originales han desaparecido todos.

Entre los historiadores gallegos contemporáneos, el espíritu regionalista se manifiesta con mayor franqueza y energía. Verea y Aguiar, Martínez Padín, Vicetto y especialmente Murguía, el menos poeta, pero el más galano expositor y crítico el más erudito, intencionado y discreto, no vacilaron ya en protextar del abandono en que se ha tenido á esta región que ha sido y es una de las que mayores elementos aportara á la defensa y vida de la patria nacional; y tomando, á su modo, represalias de las historias generales, hacen en las suyas regionales, muy poco aprecio de la historia del poder central; ponen de relieve sus defectos y su falta de equidad y de justicia, llegando hasta atribuirle todas las desdichas de su *pequeña patria,* á la que aquél sólo devuelve una misérrima porción de los grandes recursos que le arrebata y á cambio de la mucho sangre que le extrae. No niego que se exageran algun tanto aquellas desdichas, que por otra parte son comunes á las demás regiones y provincias de España, pero no me atrevo á condenar en absotuto que en las historias escritas en tiempos modernos se dé cabida, por puro patriotismo con las salvedades consiguientes, á varios hechos fabulosos, copiados de las antiguas, y que son consecuencia necesaria de la parte que ha tenido en su factura la imaginación, espoleada por un patriotismo ardien-

e y por el despecho que produce el no poder penetrar el nsondable abismo de lo desconocido, del pasado remoto, de ese infinito que tenemos á la espalda, tan extenso é inexplorable como el porvenir, y que han sido, son y serán eterna desesperación de la inteligencia humana y lógica presunción de la existencia de Ser supremo.

Y aquí conviene hacer constar, que el enemigo más encarnizado que ha tenido Galicia ha sido el gallego mismo; es decir el gallego poderoso y rico, el político, el *cadista* y esa parte de la juventud estudiosa, que lejos de su país ha creido de mal gusto llamarse gallego, recordar el idioma que habló en su niñez y los hermosos campos de su tierra natal, todo lo que juzgó ridículo é incompatible en la atmósfera de cosmopolitismo que se respira en las grandes capitales.

(Continuará).

UN DOCUMENTO CURIOSO

SOBRE EMIGRACIÓN.

En verdad que al paso que vamos y dada la apatía de nuestros Gobiernos—para quiénes, por lo que vemos, no hay más problema digno de atención que su existencia en el poder.—España está retrocediendo á una época de triste recuerdo.

Y digo esto al ver como en proporcion del aumento del contingente emigratorio—único tan crecido desde hace muchos años como en la presente época—se anuncia la construcción é instalación de comunidades religiosas, cuya utilidad para el comercio, la industria y la agricultura, cuya conveniencia para el progreso de las naciones ponen muchos en duda en estos tiempos de escasa piedad.

Ello es, que la emigración cunde de una manera extraordinaria: que la prensa diaria de todas las comarcas, publica noticias alarmantes: que los barcos van llenos de infelices;

que los agentes hacen su agosto aún en pleno invierno, y que todo esto se traduce en daño y ruina del pais, no siendo, por cierto, este trozo de España el que menos padece.

Dícennos que el mal no es de hoy, sino constante: ¡buen consuelo! Añaden que los aldeanos, como los artesanos de las villas y ciudades, marchan impulsados por el afán del oro, y que la propaganda engañosa de las agencias de emigrantes los anuncia con falaces promesas.

Todo será verdad, mas no por ello el daño es á su vez menos cierto, y precisamente, si nuestros gobernantes y nuestros filántropos créen que eso es como dicen—que no lo créen seguramente—razón de más, ya que con disposiciones prohibitivas no pueda contenerse la emigración, razón de más, repito, para que se procure siquiera encauzarla y dirigirla á posesiones españolas donde estos pobres hermanos nuestros, que hoy se marchan llevándose, como los pueblos de la antigüedad, sus lares y penates, tengan hogar que á la pátria común pertenezca todavía, y hallen trabajo que les proporcione el sustento para sí y sus familias.

¿No aconsejan esto todos los deberes de gobierno y de humanidad?

¿No es impío dejar que esas gentes marchen, á sabiendas de quien debe velar por ellos, á la miseria y á la muerte en país extraño?

¿No es odioso tolerar que sean objeto de comercio, y no hacer nada por tolerarlo?

Mucho hemos progresado, ciertamente; pero algo de lo que indico se hizo en tiempo de Don Cárlos III, segun llegué á saber, registrando documentos del siglo pasado.

Entre actas de este Ayuntamiento de Lugo, hallé una en la que bajo el rubro marginal, *Carta del Intendente con ejemplares 1.ª coleccion de Jente para el rio de la Plata*, leí lo que copio:

„Seha visto una carta deel Sr. Intendente interino de este Reino su fecha de quatro del corriente (1) que se ha recibido el último Correo porquedice remite mil ciento sesenta y dos exemplares del edicto sobre colectacion de Familias para el Rio de la Plata áfin dequesin retardo se despachen á las Justicias de la Provincia; yenuna posdata expresa los dirige por el Ordin.° que conefecto seg.° atesta el pres.° ess.°

(1) Consistorio ordin.° del sávado veinte de Mayo demil setecientos setenta y nueve en que seallaron los Sres. etc. y Regimiento de esta ciudad de Lugo que abajo firmaron.

de Ay.^mo^ se los entregó en diezyocho del corri.^e^ y alquele pagó porel porte de su conducion quarenta r.^s^ dev.^n^ enconformidad de mandarlos satisfacer, y gasto deverederos acosta de los Pueblos dho. Sr. Intend.^e^ como su carta que sem.^da^ juntar covono de los edictos aeste auto capitular asi lo rrefiere; Yen suvista se Acordó quedho presente ess.^no^ de Ay.^mo^ diriga sin detenz.^n^ y formados los Partes á la Provincia los repetidos edictos y Libranza asu favor de los quar,^les^ r.^s^ que suplió y detrescientos veinte y tres más para satisfacer á los verederos que amb.^s^ partidas componen la detrescientos sesenta y tres que le entregará D. Benito Pablo Diaz Tesorero de Provi.^a^ contra q.^n^ se libran con Reemplazo porq.^ta^ dequalesqui.^a^ efectos esistentes ó queentraren en su poder p.^r^ que se le dé Testimonio que sirva de Libramiento en forma y Abono conrr.^no^ de dho. ess.^no^ de Ay.^mo^ que acredite la percepción de dha. Cantidad por el m.^o^ yadho. Sr. Intend.^e^ se le acuse el rr.^no^ con las espresion.^s^ dequebá adbertido el Señor S.^rio^ de cartos.„

Lo trascrito me excitó á buscar el edicto y apareció un ejemplar impreso cuya copia es cuanto fiel y exacta puede serlo.

DON JORGE ASTRANDI, COMISARIO ORDENADOR DE LOS REALES EGÉRCITOS, INTENDENTE INTERINO DE ESTE REINO DE GALICIA, I SU EGÉRCITO, JUEZ CONSERVADOR DE TODAS RENTAS REALES, SUBDELEGADO de la de Correos, i Comisionado por el Rei Nro. Sr. para la colectación, i embío de Familias á las nuevas Poblaciones Españolas del Rio de la Plata.

Una de las infinitas heroicidades, que harán más gloriosa la memoria de esta Era feliz, en que han brillado, i brillan las excelsas Virtudes, i Piedades de nuestro amantísimo Monarca (que Dios guarde) en la eterna serie de los siglos, es su innato paternal amor al cuidado, i amparo de Familias pobres, i hacerlas felices con utilidad del Estado.

Con este objeto en Real orden, comunicada por el Excelentísimo Sr. D. Josef de Galvez en veinte i dos de Junio último se me encargó juntase algunas Familias pobres de este Reino, bien instruidas en las labores del Campo, i otras faenas correspondientes á la mejor enseñanza de cosas domésticas, para embiarlas á las provincias del Rio de la Plata, i que con su egemplo puede lograrse, que aquellos naturales lleguen á la perfección que se desea en todas las partes que componen un buen vecino del pueblo.

En Reales Ordenes de diez i nueve de Setiembre se ha dignado S. M. de mandar, que el transporte de Familias se haiga de costear por su Real Hacienda, con el flete de 350 Arados; i quiere, que para estas nuevas poblaciones bayan Paisanos, i labradores, ó Artesanos de Oficios útiles, como son Herreros, Carpinteros, Alvañiles, i otros semejantes: Que por ahora se ciña el número de estas Familias al de doscientos, prefiriendo siempre los Casados á los Solteros: aunque no hai embarazo en que de esta clase sean algunos admitidos, si por su havilidad lo mereciesen; i que en aquellos paises han de dárseles havitaciones útiles para la labor, Tierras en propiedad, una, ó dos Yuntas para su veneficio, semillas para sembrar, i se les mantendrá en un año, contado desde que se pongan en los nuevos establecimientos, a que se le de destine por el Virrei de Buenos Aires, con las comodidades, i atencion que por S. M. están prevenidas a su Excelencia.

En veinte de Octubre se embarcaron con este destino veinte i dos personas de ambos secsos en la Fragata Correo la Princesa, con las comodidades posibles; i en nueve de Noviembre por el Excelentísimo Señor D. Josef de Galvez se me comunicó lo siguiente:

Por carta de V. S. de veinte i ocho de Octubre próximo pasado se ha enterado el Rei del numero de Familias que va V. S. colectando para su destino de Buenos Aires, y aprueba S. M. las acertadas providencias que va expidiendo, para que aquellas sean de las buenas calidades que se requieren en aquel pais, etc.

En veinte i siete de Diciembre salieron treinta y dos familias, que componen ciento cuarenta i quatro personas en la Fragata Nra. Sra. de los Dolores, tan asistidas, i socorridas, que haviéndolas costeado la condución de sus Arcas, Trastos, i Ropas, i dado a cada persona una limosna en dinero de parte de S. M., i pagado su manutención, i Posadas en la Coruña; auxiliándolas en el viage, con Capellan, Cirujano, i Botica; además de camas, i alimento considerable de parte del Asentista; el Excelentísimo Señor D. Josef de Galvez en trece de Enero me avisó la siguiente:

Por la carta de V. S. de treinta de Diciembre último, i documento que acompaña se ha enterado el Rei del particular esmero con que V. S. se dedicó a el embarco de las treinta i dos Familias compuestas de ciento quarenta y quatro personas, que se conducen a Buenos Aires en la Fragata nombra-

d1 Nra. Sra. de los Dolores: S. M. ha visto con mucha satisfaccion suya cumplidas en esta parte sus Reales intenciones, mediante el acreditado celo de V. S.; i aprueva desde luego, no solo quanto ha practicado en beneficio de ellos al tiempo de su transporte a esa ciudad, i para que se las proveyese de lo necesario en la Embarcación, sino tambien el socorro con que las asistió V. S. en su real nombre. Todo lo que participo á V. S. para su satisfacción.

Por otras Reales Ordenes, i especialmente la de dos de Diciembre, encarga S. M. se tomen las seguridades devidas, para que no padezcan las Familias, por dirigirse su Real ánimo á que logren en el viage de todos aquellos ausilios que sean regulares á su buena subsistencia.

Sin embargo de los gozos que han manifestado las Familias embarcadas, rindiendo con fervorosa devoción gracias a Dios, y vitores á la salud del Rei nuestro Señor entre las voces de sus instrumentos músicos, por los conocidos beneficios que les dispensa la Real Piedad, mejorando la suerte miserable en que se hallaban, al estado feliz de dueños de haciendas en territorios pingues, i frutiferos, situados vajo de un clima venigno, i saludable, se ha advertido, que el influjo inconsiderado de algunas personas menos instruidas preocupó a los animos sencillos de varias Familias, desviandolas de adquirir estas ventajas.

Para que ningun vasallo de S. M. se propasase a turbar el devido efecto de sus clementes sabias Providencias en perjuicio de las Familias pobres, hé tenido por conveniente manifestar al Publico las condiciones del Asiento de su transporte, i asistencia aprobadas por el Rei.

1. Que desde el dia del embarco de Familias, hasta su desembarco en Montevideo há de darse á cada persona, que tenga desde seis años cumplidos arriva, ración igual á la que se subministra á la Tripulación de los Correos Marítimos, i media racion de la dicha á las Personas de dos años hasta seis.

La ración de la Tripulación consiste diariamente en diez i ocho onzas de Pan viscocho de Trigo, o el mas que quiera cada persona, porque de este alimeuto, i de agua no hai tasa. En los Domingos, Sábados, i Miercoles a doce onzas de carne. En los Lunes, i Jueves a diez onzas de Tocino. En los Martes, i viernes a diez onzas de Bacalao, o Truchuela, cada dia quatro onzas de Garvanzos, Havas, o otra menestra. En los Martes, i Viernes a onza i media de Aceite, i en los de-

mas a media onza. En los mismos Martes, i Viernes á quatro onzas de Vinagre, i siempre la leña necesaria; de modo, que puedan hacer tres comidas calientes al dia, una por la mañana de Sopa con Ajos, i Pimentón, á los que las quieran, i otras dos de Potajes, Sopa, Carnes, o Pescados al mediodia, i tarde.

2. A los enfermos se les asistirá con puchero de Gallina, i demás condimentos propios para su curacion, i restablecimiento. Ademas de lo dicho se les ha subministrado Aguardiente para tiempos húmedos, i quando la necesitan, con Fideos, Arrroz, Manteca, i crecida porcion de Sardina.

3. Las embarcaciones para el transporte han de ser Españolas, seguras, i a satisfaccion del Ministro comisionado en la Coruña, quien podrá mandarlas reconocer, como tambien la calidad, i cantidad de los alimentos.

4. Cada Familia puede llevar para su uso Colchones, Gergones, Ropas de cama, i vestir, Arcas, Baules, Semillas, i Herramientas, i a los que no tuvieren Cama, se les dará paja para dormir; "I en el ultimo viaje hice proveer la embarcación de 12 Colchones nuevos, 12 Mantas, 12 Cavezales, i 24 Sabanas para enfermos, i mugeres de Parto; i se continuará con igual asistencia en los siguientes embios.„

5. Para el socorro espiritual, i corporal de las Familias se proveerá cada embarcacion de capellan, Cirujano, i Botiquín, proponiéndose al Comisionado por el Asiento los sugetos correspondientes para ambos Ministerios, a efecto de que recaiga su aprovacion; i asimismo se proveerán los respectivos Ornamentos, i alhajas necesarias al servicio del Altar.

6. Por cada persona adulta que se embarque, siendo de seis años cumplidos, ha de pagar la Real Hacienda 110 Pesos fuertes. Por las de dos a seis años a 108, i nada por las menores. I los Capitanes de embarcaciones se obligarán al cumplimiento, i responsabilidad en lo respectivo al buen trato de las Familias, debiendo imponerse a estas por el Comisionado la subordinación que deben tener á los capitanes para la quietud, i seguridad de sus condiciones. (Los demás Capitulos respectan al flete de Arados, i pago del Asiento.)

En devido cumplimiento de las generosas Intenciones de S. M. prevengo a todos los Corregidores, i Justicias ordinarias de este Reino, que luego que reciban este edicto comboquen a los vecinos de su Jurisdicion a Junta plena en el primer dia feriado, i se les lea, i publique, fijandolo despues

en sitio publico, i acostnmbrado; advirtiendoles se abstengan de impedir por medio alguno la colectacion, i destino de las Familias pobres a este util, i piadoso objeto: i en caso de qualquiera contravencion, me daran cuenta justificada, para la providencia correspondiente: I las Ciudades Cabezas de Provincia comunicarán inmediatamente a los Pueblos esta Orden por Vereda. Coruña 20 de Febrero de 1779.

D. Jorge Astradi.

Por mandado de su Sria.

Cayo Actra de Patiño

*
* *

A mi entender el documento, es curioso, y su publicación tiene oportunidad en estos momentos en que de casi todas las comarcas de España, se levanta unánime protesta contra la apática conducta del Gobierno central, que ve tranquilamente como el elemento trabajador, nervio de las sociedades modernas, vive en la miseria y abandona la patria, buscando pan y protección en tierra extraña.

El contraste es lamentable: hace más de cien años, se fomentaba la emigración, encaminándola prudentemente á posesiones españolas; se proporcionaban elementos de trabajo; se interesaba en la prosperidad de un intento de colonización á los emigrantes haciéndoles propietarios.

A este sistema, deben aquellos territorios su prosperidad y engrandecimiento.

Actualmente nada se hace para utilizar, ya que no para contener, la corriente emigratoria: antes bien con el aumento de los tributos y el poco orden de la Administración parece que se conspira para hacer al ciudadano español la vida odiosa en su país.

Pero doy fin á estas consideraciones, pues que mi único objeto ha sido dar á conocer el documento que dejo copiado, que supongo verán con algun interés los abonados de la *Revista*.

AURELIANO J. PEREIRA.

Lugo, Enero de 1889.

CABOS

I

Hermosas avecillas
Que cruzais el espacio murmurando
Alegres cancioncillas
Estoy decid, por Dios á el alma mía.
¿Dó encontrais el placer? ¿Dó la alegría?

II

Tras la tempestad la calma,
Tras el invierno, el verano,
Y tras nuestras ilusiones
¡Los crüeles desengaños!

III

Quiero que ninguno ignore
Cuanto siento
Más, gran Dios, no hallo palabras
Que expresen mis pensamientos!...

IV

—¿Puede saberse mortales,
La causa de vuestro afán?
—Buscar un bien que perdimos.
—¿Cual es?—La tranquilidad.

EDUARDO PARDO Y GOMEZ.

Pontevedra.

GALICIA SOBRE TODO (1)

VI

Sabido es de todos nuestros ilustrados lectores que la agricultura puede considerarse como arte y como ciencia: como arte, para los que trabajan por costumbre, y como ciencia, para los que dan reglas metódicas á aquéllos.

Pues bien; aun cuando no hay verdadera conformidad en los escritores antiguos sobre el origen de la agricultura, sin embargo, atendiendo á la primera necesidad del hombre es la de conservar su existencia, el arte de cultivar la tierra debió tener principio en las primeras edades del mundo, por más que el hombre, en su estado primitivo, estuviese entregado á la caza y á la pesca, de lo cual y de los frutos que espontáneamente producía la tierra, vivía, sin imaginarse que con el tiempo sus descendientes habían de descubrir nuevos y dilatados horizontes.

(1) Véase el n.º 12.—Tomo II.

Además, según nos refieren los sagrados libros, Caín se dedicó al cultivo de la tierra, Noé cultivó la viña, y á decir de algunos historiadores, antes del Diluvio (1656 del mundo) ya aparecen la agricultura y la industria. Dícese también que Melchisedech, rey de los cananeos, presentó pan y vino á Abraham, cuando regresaba de libertar á su sobrino Lot.

Al multiplicarse la especie humana, dió en sentir necesidades que le obligaron á domesticar algunos animales á fin de que le sirviesen de alimento y que sus pieles cubrieran su desnudez. De aquí el origen de los pueblos pastores, que más tarde anduvieron errantes de una á otra parte en busca de abundantes pastos y deliciosos países, haciendo así exploraciones que les hicieron descubrir nuevas y dilatadas comarcas.

Pero llegó una época en que estos recursos no eran lo suficiente, cuando ya se habían multiplicado bastante los seres humanos, y por consiguiente dieron en sentir nuevas necesidades, originándose á la vez varias disputas por la posesión de los mejores terrenos, dando origen á varias guerras implacables y á la posesión de la propiedad, empleando toscos é imperfectos instrumentos para remover la tierra, porque los frutos espontáneos que producía, ya no eran lo suficiente para mantener á los seres racionales que existían en el globo. Mas, andando el tiempo, advirtieron que algunas piedras podrían utilizarse para remover la tierra, pues su dureza correspondía con la resistencia de aquélla (período de la piedra tallada.)

Así fueron progresando paulatinamente los primeros habitantes del globo hasta que llegaron á la edad de la piedra, en la cual empiezan ya las artes y la industria á la vez que el cultivo de la tierra (período de la piedra pulimentada.)

Una vez dedicados al cultivo, pensaron ya en la construcción de pequeñas chozas donde poder guarecerse y guardar los frutos recogidos con su trabajo, dando así orígen á la vida social. De este modo empezaron las primitivas aldeas que más tarde adornaron con sólidas viviendas y algunas fueron convirtiéndose en populosas ciudades, como Babilonia, Tebas, Persépolis, Tiro, Sidón, Nínive y otras.

Pero el hombre llegó á ser incapaz de cultivar por sí mismo la tierra necesaria para el alimento de su familia, y entonces se vió obligado á domesticar animales para que le ayudaran en tan ruda tarea.

Los constantes trabajos que el hombre practicaba en la

tierra dieron por resultado el descubrimiento del hierro, de ese importantísimo metal que tanto auxilia al hombre en todas las faenas de la vida, quedando inaugurada desde entonces la edad del hierro, sustituyendo con muchísima ventaja á la de la piedra pulimentada.

Desde este precioso descubrimiento aumentaron considerablemente la agricultura, la industria y el comercio, porque el hombre, con tan poderoso auxiliar, empezó á cultivar mayor cantidad de terreno; elaborando y forjando el hierro, empezó á construir nuevos instrumentos de labranza, armas, etc., relevando los de piedra y dándoles al mismo tiempo otra forma distinta y más regular, y cambiando por otros productos los que los demás necesitaban, dió origen al comercio.

La tierra, entonces virgen, debía producir con poco trabajo excelentes y abundantes frutos, y el hombre, satisfecho de sus adelantos, vivía feliz.

Desgraciadamente, en algunos puntos de Galicia se ha adelantado muy poco en la perfección de los instrumentos de labranza, á pesar de tantos siglos trascurridos.

Sábese que los fenicios, habitantes de la Arabia Feliz, á lo largo del Golfo Arábigo, fueron muy aficionados á la agricultura y al comercio, haciéndose diestros en la navegación y extendiendo su comercio por las costas de Africa hasta Sofala y por las occidentales de la India y las del Mediodía de la Persia. Creese que de aquellos árabes dimanan los Fenicios ó Cananeos, los cuales mantuvieron activas relaciones comerciales con los árabes de Sabá, los cuales daban á aquéllos oro, plata y otros metales á cambio de trigo.

Supónese también que los fenicios fueron expulsados de aquellas comarcas, y se dirigieron al Egipto, que invadieron, y fueron conocidos en adelante con el nombre de pastores, dejando, como sabemos, evidentes señales de civilización y opulencia, no sólo por la altura á que hicieron llegar la agricultura, sino por los muchos y grandiosos edificios que perpetuaron su memoria.

Tiene origen el Nilo en los montes de la Luna y es el mayor del continente africano después del Niger.

Atribúyese á Osiris, esposo de Isis, haber sido el inventor del arado, enseñando el cultivo á orillas del Nilo, desarrollándose considerablemente la agricultura, debido en gran parte á los acertados y notables sistemas de canalización que han adoptado, y el gran lago que Meris hizo construir en

1736 antes de nuestra era, á fin de recoger las aguas superabundantes del Nilo en las inundaciones, y poder atender á la sequía en el resto del año, cuyo lago colosal cuenta hoy unas 60 leguas de superficie.

Con tan poderosa ayuda se esparció por todo el Egipto tan prodigiosa fertilidad, que excede á cuanto la imaginación más ardiente en nuestro pobre país puede figurarse. Cuando las inundaciones del Nilo eran abundantes, bastaba la cosecha de un año para tres; pero después de construidos los canales de riego y cuando las necesidades del comercio lo exigían y se redoblaba el trabajo, veían los labradores remunerados sus afanes hasta con tres cosechas al año.

Sus abundantísimos cereales, semillas, plantas tintoreas, algodones, linos, añil, etc. fueron exportándose por mar y tierra á otros países.

Si bien es cierto que el Egipto era por aquellos tiempos el más abundante en producciones, también es necesario tener presente que era el más civilizado y el que primero tuvo biblioteca, mandando el rey Osimandyas estampar sobre ella estas palabras: *Remedios del alma.* (1)

La casta sacerdotal y los magnates eran los únicos que poseían las ciencias, los cuales marchaban al frente de la civilización.

En una palabra, el Egipto fué el centro de la civilización universal, siendo los focos principales los templos de Memfis, de Tebas y de Heliópolis, de los cuales desde los más remotos tiempos salieron las admirables ideas de la agricultura y de sus principales instrumentos, de la estatuaria, de la arquitectura, de la música, del baile, de la fundición de metales, de los pesos y medidas, de las monedas, de los sellos, de la cronología, de la aritmética, de la escritura, la religión, leyes, culto, tribunales, cambios, contratos, recompensas y castigos. Es verdaderamente admirable el desarrollo que los pueblos antiguos dieron á las artes y á las ciencias, muy superiores á lo que en edades tan antiguas podía esperarse. Créese, además, que los egipcios supieron que la vía láctea no era sino una inmensa aglomeración de estrellas, haciendo la división del tiempo en semanas, determinando el eclipse solar y lunar, la excentricidad de los cometas y la división

(1) No son por aquí tan aficionados á bibliotecas, pues habiendo el Gobierno concedido, hace algunos años, una popular á este municipio, por no abonar los gastos de trasporte, la dejaron en la Estación del ferro-carril (creemos que de Brañuelas).

del año solar en 365 dias, que más tarde se completó en Roma con las correcciones Juliana y Gregoriana.

Es admirable la arquitectura egipcia por lo colosal de sus formas. Sus maravillosas ciudades, sus grandes templos, sus magníficos obeliscos y gigantescas pirámides nos dan á conocer la altura á que llegaron en Egipto la agricultura, las artes y las ciencias. A él fueron á instruirse grandes filósofos, ilustres poetas y célebres legisladores; como Pitagoras, Homero, Platón, Licurgo, Solón y otros varios. El mismo Moisés fué instruido en las ciencias de los egipcios.

La marcha progresiva de la humanidad nos conduce por el camino de los adelantos agrícolas hacia la Grecia, aun cuando otros pueblos han tenido antes y al mismo tiempo conocimientos agrícolas, como sucedió á los judíos, los cuales persuadidos evidentemente de la importancia del cultivo, adoptaron los mejores adelantos de otros países. y aun inventaron algunos más útiles y mejor perfeccionados.

Aquellos egipcios de genio emprendedor y comercial llevaron sus usos y costumbres á las varias colonias que fundaron, ensanchando sus relaciones por las márgenes del Mar Caspio, extendiéndose por la Grecia, y aun hasta el Danubio y el Rhin.

Las fiestas, que los egipcios celebraban á Isis con gran pompa á orillas del Nilo, fueron trasladadas á la Tesalia por los pelasgos, extendiéndose después por toda la Grecia, lo mismo que la agricultura, las artes, la industria y las ciencias, influyendo notablemente al engrandecimiento y civilización de este país, la preferencia que se dió á la agricultura y á todos cuantos á ella se dedicaban.

Más adelante, la civilización de la raza pelásgica se perpetuó en la Grecia, habiéndose dedicado con especialidad á la agricultura é industria; pero á los dos siglos y medio, próximamente, fué vencida y arrojada del país por los helenos.

Bien saben nuestros lectores que la Grecia propiamente dicha se halla bañada por el mar en tres de sus lados, separándola por el Norte de la Iliria y Macedonia una prolongación de los Alpes, de cuyas ramificaciones se forman los montes Parnaso y Pindo. Hállase bañado este territorio por numerosos riachuelos que contribuyen á la fecundidad de su suelo, cuya clima es á propósito para toda clase de cultivos.

Debido al gran desarrollo que en este país llegó á tener la agricultura, originóse un vastísimo comercio, favorecido al mismo tiempo por las 1.200 leguas de costa (330 más que

Italia) exportando sus barcos los muchos cereales y otros cultivos que á ellos les sobraban, para cambiarlos por otros objetos que necesitaban. De aquí el desarrollo de las artes é industrias.

Dedicáronse parte de los griegos á las conquistas, pero en cambio el Senado llamado de los Amfictiones, á fin de que la agricultura no sufriese mayores desperfectos, se confederó contra los bárbaros, formando una liga titulada Amfictiónica, á la cual tocó en la repartición, el litoral de las Termópilas, desde los confines de la Tesalia hasta la Beocia, tomando esta liga sumo interés por la industria agrícola, y principalmente por el fomento de la cría de los animales útiles á la agricultura; por el aprovechamiento de los pastos, estableciendo reglamentos para evitar disputas allí donde escaseasen; por la introducción de barbechos; por el desmonte y roturación de dehesas; por la plantación de viñas y fabricación del vino; por la construcción de acequias de riego; por el cerramiento de las heredades con setos vivos, etc., así como por la construcción de caminos para facilitar la conducción de los frutos sobrantes á las costas.

Pero no paró aquí el Senado de los Amfictiones, pues considerando que los productos de la tierra son la base más sólida de la riqueza pública y la fuente inagotable de la prosperidad de las naciones, quiso aumentar y mejorar las semillas del país, ofreciendo premios á todos aquellos que introdujeran plantas nuevas y de utilidad, repartiendo terrenos para hacer los ensayos necesarios. De este modo, y con fiestas que se establecieron para divinizar el arte y enaltecer á los que con afán se dedicaban al trabajo, consiguió engrandecer á la agricultura y á las artes.

En la historia de la Grecia se llaman tiempos heróicos á aquellos en que tuvieron lugar arriesgadas empresas por la expedición de los Argonautas á la Cólquida en busca del vellocino de oro ó piel de carnero que se guardaba en aquel punto, defendida por un enorme dragón, y por los sitios de Tebas y de Troya. Esta expedición fué la primera empresa de los griegos, para la cual construyeron bajo la dirección de Minerva el navío Argos, del cual tomaron el nombre los argonautas. En esta arriesgada empresa figuraban, entre otros, el médico Esculapio, el poeta Orféo, Teseo y Hércules, el primero de los semidioses.

La segunda empresa de los griegos fué el sitio de Tebas desde cuya época empieza una serie de sangrientas guerras,

acompañadas de multitud de crímenes y atrocidades que llenaron de horror y espanto á todo el mundo, siendo teatros de tanta barbarie los palacios de Argos y Mycenas, y aunque murieron los principales causantes del primer sitio, sin embargo, en el segundo fué tomada.

Propusiéronse después tomar á Troya, cuya ciudad de origen pelásgico estaba situada en el Asia menor, cerca del cabo Sigeo y del Helesponto, siendo su rey Priamo, cuyo hijo Paris robó á la hermosa Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta. Esta ofensa fué causa suficiente para que reinase un implacable odio entre las razas pelásgica y helénica, acudiendo á la venganza la nación entera, además de los caudillos de Esparta y de Argos, los caudillos de las ciudades griegas y de varias islas, los cuales con una fuerte escuadra marcharon al Asia y sentaron sus reales delante de Troya, que, después de diez años de sitio y de grandes pérdidas de ambas partes, lograron destruirla.

Pues bien, á pesar de tantas guerras, los griegos nunca carecieron de víveres gracias al gran desarrollo que había alcanzado la agricultura.

Esparta, cuya ciudad estaba situada á orillas del rio Eurotas, con benigno clima y terreno apropiado para la agricultura, no se esmeraba mucho en los progresos agrícolas, hasta que, careciendo de artes é industria, hubo que tomar disposiciones encaminadas á su desarrollo, haciendo entrar en cultivo muchos terrenos incultos, favoreciendo al mismo tiempo la multiplicación de los bueyes, caballos y ovejas.

Araban regularmente dos veces la tierra, hacían la siembra á voleo, y cortaban las mieses con una especie de hoz, poniéndose los segadores unos frente á otros hasta que se encontrasen en la mitad, si ambas cuadrillas trabajaban con igual afán, quedando humillados los que no habían llegado al límite de su trabajo.

Sin embargo, Esparta permaneció en la ignorancia en medio de la civilización griega.

Por lo que dejamos apuntado se conoce bien claramente que todos los antiguos pueblos se dedicaron afanosamente al cultivo de la tierra, como lo demuestra el culto que los egipcios rindieron á Osiris; los griegos á Ceres y Triptolemo; los chinos á Confucio, y el haber coronado los romanos á Numa Pompilio con espigas de oro.

España recibió de Roma, durante su dominación, extensos conocimientos sobre el cultivo de la tierra; pero más tar-

de, los romanos poderosamente enriquecidos, tanto con los preciosos metales que extraían de las minas españolas, como con los inagotables productos de su agricultura, se entregaron á los placeres y cayeron en afeminación, en cuyo lamentable estado se hallaban cuando los bárbaros del Norte, Suevos, Alanos y Vándalos, llegaron á nuestra Península, los cuales venían á buscar en nuestro suelo la fertilidad que las márgenes del Rhin y del Danubio les negaban, consiguiendo despojar de nuestro suelo á la poderosa Roma.

La invasión de los bárbaros trajo consigo una general revolución que transformó la fisonomía de la Humanidad. Estudiada aisladamente parece como si el mundo antiguo hubiera caído en los horrores del salvajismo, hundiéndose entre sus escombros: la disolución social cunde por todas partes, eclipsándose la ciencia, las artes y la agricultura, y hasta se paraliza la obra regeneradora, comenzada por el Cristianismo.

Con estos acontecimientos, la patria de los emperadores, Trajano, Adriano y Teodosio el Grande, sufrió muchos desperfectos no sólo en agricultura sino en las artes é industria, porque no hay afan por trabajar cuando no se tiene esperanza de recoger.

Más adelante, y cuando la agricultura empezaba otra vez á tomar algún incremento, el conde D. Julián, á fin de vengar agravios, según se dice, hace que el Africa nos envie otras invasiones, cuyas guerras fueron mucho más sangrientas que las anteriores, porque en ellos estaban interesados los sentimientos de independencia y religión.

Como los árabes conocían mejor que los godos la fertilidad de nuestro suelo, mientras conquistan palmo á palmo con crueles guerras el terreno que los cristianos los disputan, dirigen con una mano la espada y con otra la esteva del arado, á fin de sacar partido de los poderosos dones que la naturaleza les ofrecía, haciendo prodigiosos adelantos la agricultura.

Y comprendiendo, sin duda, los Reyes Católicos lo mucho que para el cultivo de la tierra valían por su ingenio é ilustración los que acababan de ser vencidos y despojados del último baluarte de Granada (2 de Enero de 1492), les permitieron que continuasen en sus dominios; pero no profesando la misma religión que los cristianos, tal vez un exceso de ardiente fe fué la causa de que, á los tres meses de la rendición de Granada, abandonaran forzosamente nuestro

suelo unos 180,000 individuos, según unos, y 800,000, según otros.

Por otra parte, como por este tiempo descubrió el inmortal genovés un nuevo mundo, lleno de fabulosas riquezas, fué objeto para que muchos abandonasen nuestro suelo y marchasen en busca de aquellas, al otro lado del Océano, minorando así los brazos que se necesitaban para el cultivo de la tierra en nuestra Península.

Ya la España estaba harto postrada por la falta de recursos y de brazos, á causa de las contínuas guerras y emigraciones á la América, cuando vino á darle el golpe de gracia la expulsión de los moriscos, decretada por Felipe III en 11 de Setiembre de 1609; saliendo con tal motivo de nuestra patria cerca de un *millon* de individuos, quizá los más industriosos y productores, cuya medida calificó el famoso cardenal Richelieu, ministro de Luis XIII de Francia, de *La más impolítica y atroz de una nación.*

Más adelante, varias personas de reconocido mérito, y auxiliadas por los reyes, se han esmerado para que hiciese progresos la agricultura y la ilustración de los cultivadores; pero la contratación de la propiedad rústica en reducido número de personas, contribuyó á que no se consiguiera todo el favorable éxito que se deseaba.

Así es que, á pesar de todos los esfuerzos, la agricultura continuó bastante atrasada en nuestra patria y principalmente en Galicia.

Anchos horizontes se descubrieron en el cultivo de la tierra desde que tomaron incremento las ciencias físico-químico-naturales, como son: la *geología*, la *meteorología*, la *botánica*, la *zootecnia*, la *química*, la *agrimensura*, la *economía rural* y la *mecánica;* pero, sin embargo, en nuestra amada región es completamente arte todavía en su mayor parte.

Ahora la crisis agrícola y pecuaria va tomando proporciones alarmantes, y las emigraciones se vienen haciendo en gran escala; la tierra tiene que disminuir paulatinamente sus productos, porque faltan brazos é inteligencia para suministrarle los elementos que constantemente pierde en la producción; la industria en Galicia se hace en muy corta escala, ya por falta de inteligencia, ya por falta de capital; los ganados, único y común medio de vida, tienen muy poco movimiento, y los impuestos, convertidos muchas veces en armas del caciquismo contra muchos contribuyentes, se hacen insoportables.

Y á pesar de las rebajas que, según dicen, se hacen en los municipios, efecto de las economías, no se han de ver grandes resultados mientras el gobierno tolere graves abusos de los caciquillos rurales, que todo lo destruyen y convierten en armas de sus rastreras venganzas políticas ó personales.

MANUEL FORMOSO LAMAS.

(Continuará.)

LA DESPEDIDA

Quien osa del claustro
Turbar el reposo
Con eco amoroso
De tierno cantar,
Es que arde en amores
Y á todo se aviene,
Ó en muy poco tiene
Tan santo lugar.

En traje de peregrino,
Recelando encuentro aciago,
De noche un hombre en Santiago,
Recatado penetró,
Y de una en otra calleja
Deslizando á paso lento,
A lo largo de un convento,
Trás la cerca se perdió.

Sus altas ventanas la luna ilumina;
Suspira en las torres la brisa al pasar,
Y en medio el silencio que en torno domina,
De pronto esta trova se oyó resonar:

"Despierta, luz de mis ojos,
Y escucha la amante queja
Que lanza al pie de tu reja
Quien sólo vive por tí.
¡Cuán otra no ha mucho era
Tu suerte y la suerte mía!
¿No te acuerdas ¡ay! del día
En que ciego te perdí?

Nos hallábamos ¿te acuerdas?
De un arroyuelo á la orilla,
De esa luna que ora brilla
Al mágico resplandor;
Y en torno nuestro las flores
El céfiro acariciaba,
Y allá á lo lejos trinaba
Dormitando el ruiseñor.

De pronto veló entre nubes
La luna su faz hermosa,
Y de aquella escena odiosa
Sólo fué testigo Dios;
Que acongojada no viste
Cómo en horrible querella
Abrió nuestra mala estrella
Un abismo entre los dos.

Abismo que de tu padre
Ahondó la sangre, hilo á hilo,
Cuando de mi acero al filo,
Muerto á tus plantas cayó!...
Torpe anduve en conocerlo!
Te lo juro! de otra suerte,
Antes que darle la muerte,
Me la hubiera dado yo...

¡Y aun soñaba que, inocente
Al contemplarme mañana,

Tu amor ¡ay! (¡quimera vana!)
Diera al olvido el ayer!
¡Imposible! ¡ah! ¡imposible!
Que es justo, aunque no me cuadre,
Que el matador de tu padre
Tu esposo no pueda ser.

¿De qué me sirve la vida,
Si á tí una celda te encierra?
A Italia, dó arde la guerra,
Iré de la muerte en pos;
Que á quítarmela cobarde,
(Pues sin tí vivir no quiero)
Perderla en la lid prefiero...
A Dios!... Perdóname!... A Dios!...„

*
* *

En esto hacia el joven dos hombres que al muro
Ha rato en acecho pegados están,
Ahogando en las sombras el paso inseguro,
Cual mudos fantasmas, corriéndose van.
Y á tiempo que triste suspira y se aleja,
Con él por la espalda cerrando á la vez,
Sin tregua le acosan, y frente á la reja,
Cobardes abaten su noble altivez.

La campana del convento
Dobló con lúgubre acento
Din... don... din... don...
Y tras la reja sombría
Se oyó una voz que decía:
¡Traición!... ¡traición!...

Las monjas hacia el coro,
Del alba á los fulgores,
Por los mudos corredores
Encaminándose van.
¿Porqué Sor Luz no acude,
Si el cántico ya empieza?
Sor Luz en su celda reza
por el alma de Don Juan!

M. Macías.

PRESENTACIÓN DE COBRES

I

Con el propósito de dar á conocer lo que era una *Presentación de cobres* en el siglo XV, ponémoslo ahora como epígrafe de este artículo. La natural curiosidad que el lector siente con sólo ver el título, hubimos de esperimentarla también, cuando al desempolvar un mazo de protocolos, buscábamos solución á tan extraña frase: y tal vez por esto mismo y porque, el estudio de lo que han sido los que nos precedieron, anda harto descuidado entre la gente orensana; en la seguridad de que su explicación, nunca por nosotros imaginada, viene á exclarecer un punto de la historia de una época remota, dámosla hoy á conocer en este trabajo.

Presentación de cobres, es la frase con que un hecho se sintetiza, con que se expresa el carácter de una solemne ceremonia que se verificaba con asistencia de numeroso público. Su ejecución, bien vale la pena de que se dé á conocer, pero antes, habremos de traer á cuento algunos brevísimos preliminares que en esta empresa nos auxilien.

II

Como es ya sabido, por varias concesiones que á favor de los obispos de Orense hicieron los monarcas, poseían aquéllos el dominio de la ciudad y sus cotos, en una extensión de cinco leguas á la redonda, sin contar el sinnúmero de rentas y privilegios que disfrutaban en toda la provincia. Pero estas franquicias fueron poco á poco disminuyéndose con motivo de otras gracias otorgadas, ya en favor de los condes y *ricos-homes* que, con sus mesnadas, se distinguían en el campo de batalla contra los moros de España, ya en románticas excursiones á la Tierra Santa, sin contar las fundaciones y privilegios, concedidos á los monasterios y conventos que, con tanta profusión y opulencia, en esta diócesis se han constituido.

La intervención episcopal en los negocios del concejo de la ciudad, prevaleció, no obstante, algunos siglos, durante los cuales, unas veces más y otras menos, aparece el obispo tomando una parte muy activa en infinidad de cosas, especialmente en los nombramientos de justicia y en no pocas deliberaciones del buen gobierno de la población, como lo era, por ejemplo, lo de influir con el Ayuntamiento para que los vecinos de Orense tuviesen facultad *de pacer nos montes de Conxil, Sobrado é Moreiras:* destinar una parte de las rentas de sumitra para la obra del puente mayor; tomar precauciones por causa de la peste, y otras cosas de tanta entidad como el nombramiento de autoridades, á que asistía cada un año.

A estas franquicias iban anexos otros privilegios, de los cuales, era uno, el de poder llevar espadas y otras armas *os homes de pé que continuamente andan et comen de cada dia con ó señor obispo, é mais todo-los seus escudeiros;* cuya prerrogativa casi les ponía á nivel de los alcaldes, regidores, procurador y escribano, que á diario llevaban espada al cinto.

El año de 1449, el concejo de la ciudad de Orense, nombraba ya alcalde por el Rey, y contaba por suyos á tres regidores y un procurador. Los dos jueces que entendían en asuutos criminales, no tenía potestad para nombrarlos el alcalde, ni el Ayuntamiento, pero había alcanzado del monarca la gracia de poder elevar al obispo una relación de ocho

vecinos, para que de ellos pudiera elegir dos en el primer día de Enero de cada año.

Es de notar, que no podía ser propuesto ni elegido ningún ciudadano que viviese con señores, ni estuviese al servicio de ningún hidalgo, sin duda para que la administración de justicia halláse garantías en la independencia relativa de sus ejecutores. Puestos ya en antecedeutes, réstanos hacer mérito de como ocurría la *Presentación de cobres.*

III

Amaneciendo al 1.º de Enero de 1449, lanzadas al espacio las treinta y tres campanadas con que la Iglesia recuerda la edad del Salvador, en la Catedral de San Martin, al vuelo las campanas, cunfundiendo en una sola vibración todos sus tañidos, anunciaban alborozadas la solemnidad del día.

No les iba en zaga la abadía de la Trinidad, que llamándose á parte en la popular fiesta, repiqueteaba á más no poder las suyas, desde la señorial fortaleza, al unísono con las alboradas que recorrían la población desde la Pía da Casca, hasta la Rua da Aira y Rua de Pelouriño, descansando poco después, ante la casa del Concejo.

En la plaza esperaba uuna gran concurrencia de señores y artesanos de la ciudad y cotos adyacentes.

A las diez en punto, sonó la trompeta municipal y al frente los ministriles, fagots y chirimías, seguidos por el alcalde y regidores en *forma de ciudad*, encamináronse á la Iglesia de la Trinidad á cuyas puertas les esperaba ya don Alonso Sánchez, provisor y abad de dicha Iglesia, privilegiada para esta ceremonia. Condújoles á los asientos que ante el altar tenía, y después de haberse celebrado el santo sacrificio de la misa, en que ofició de pontifical el obispo D Pedro Silva, antes de que éste se despojara de la casulla, pusóse *en pié* el Ayuntamiento y adelantándose el escribano de negocios del Concejo, después de entregarle un pliego cerrado, á presencia del numeroso público que allí había, pronunció la siguiente alocución:

"Estes son señor os homes boos que nós os rexedores desta vossa cibdade d'Ourens presentamos en este escripto á que "chamamos cobres,„ para que nos diades xuisses,

dous dellos, que usen do officio do xulgado n'esta dita vossa cibdade, iste presente ano do nascemento de nosso señor Jhus Xpo. de mill é qtro. centos é qorenta é nove anos. E que façan xustiçia ena dta. cibdade por nosso señor el Rey, e por vos co ó dito señor obispo iste dito ano. E en outros alguns non consentimos que nos diedes por xuisses.„

Recibida la propuesta, conferenció el Ilmo. prelado con el provisor, con el cardenal Torquemada y con los canónigos D. Gonzalo Tellez y D. Juan Gonzalez Deza, y señalados que fueron los nombres de los dos jueces y entregados á García Díaz, este proclamólos en alta voz. Terminado el acto, retiróse luego el obispo y más señores, con gran ruido y aclamación del público que ha ido desfilando poco á poco, hasta dejar vacío el templo.

BENITO F. ALONSO.

Orense, Diciembre, de 1888.

LA ESPOSA DEL MARINO

Sale el *paquete* para la Habana,
Su esposo amante se marcha en él,
Y así decía, doliente y sola,
¡Dios mío!.. ¿cuándo le vuelvo á ver?..
¿Cuándo sus ojos en estos ojos
De nuevo, un día, dejarán luz?
¿Cuándo la niebla que invade el alma
Será, risueño, tranquilo azul?
¿Cuándo mis manos, entre sus manos
Sentiré presas con dulce afán?..
Cuándo á estos ángeles que lloran tristes
Vendrá, el ingrato, tierno á abrazar?..
¿Cuándo su pecho sobre mi pecho
Tornará amante, rudo á latir?
¿Por qué mis penas, por qué mis lágrimas,
Desde su ausencia, no tienen fin?..

¿Por qué al crepúsculo, mirando al cielo,
Palpitar siento mi corazón?..
¿Porqué mi lecho, siempre vacío
Ya no me ofrece dulce calor?..
¿Porqué mis hijos, con faz llorosa
Sorprenden siempre mi despertar?..
¿Por qué interrogan con su mirada
Cual preguntando si volverá?..
¿Porqué la lámpara que el sueño vela,
Lanza al espacio triste gemir,
Y en oleadas de luz y sombra
Da á los objetos negro matiz?..
¿Porqué es más tétrica la mariposa
Que voltejea la habitación?
¿Porqué es más lúgubre la campanada
Que en el silencio bate el reloj?..
¿Porqué ahora crujen los ensamblajes,
Y el viento silva y ahulla el can?
¿Porqué las sombras de la alta noche
Vienen mi sueño siempre á turbar?..

. . . . . .

Vuelve, mi vida, ven á mis brazos,
Tu esposa amante te hará un Eden;
Ven, que te abrigue con mi cariño;
Ven, amor mío del alma, ven!!...

. . . . . .

Tornó el *paquete* desde la Habana;
En espirales rujió el vapor;
Pero el marino tan esperado...
Jamás volvió...

J. DE ARÉVALO.

RECUERDOS INFANTILES (1)

Una deliciosa mañana del estío, contemplaba yo en deleitoso éxtasis, desde la frondosa Alameda, la primitiva Helenes, indolentemente recostada cabe el poético Lérez, cuyas márgenes vieron correr la infancia de los ilustres Nodales, Charino, Sarmiento y Montenegro, cubierta en forma de un fanal por un cielo embellecido por el arrebol; admiraba sus matizadas llanuras comprendidas entre las rías, sembradas de barquichuelos y esmaltadas de conchas, hasta las elevadas crestas de los montes, iluminados por el sol esplendente, que se destacan en lontananza y que han inspirado la péñola de tantos poetas, quienes, postrados de hinojos, afirmaron que esta región excede en belleza á las más pintorescas del mundo: respiraba el fragante perfume que las flores emblemáticas embalsaman, y soñaba.... soñaba cuando oía el melodioso canto de las aves y las armonías suaves del espeso follaje de los bosques semejando el adios melancólico que dirije á su

(1) A mi ilustre amiga la Sra. D.ª Emilia Pardo Bazán.

compañera de toda la vida, el desgraciado que se aleja de su patria por los ignotos mares...

De súbito, sufrí una conmoción eléctrica.

A muy poca distancia de mi asiento, se hallaba una muchacha extremadamente hermosa.

¡Ojalá tuviese la elocuente pluma de algunos escritores, para poder pintar fielmente las bellezas que la joven reunía; pero ¡ay! véome perplejo al querer dar la preferencia á tanta maravilla!

¡Qué guapa muchacha! De formas incitantes, flexible como las rítmicas ondulaciones del junco, sus movimientos seducían... al más casto, derramando sus ojos luz sin fuego como los del Cristo de Proudhon, y luego las mórbidas y hermosas líneas de su cuerpo, que se cruzaban é inclinaban blandamente para formar contornos suaves... Ataviada con sus mejores galas, cuajada su cabecita de claveles, ostentando en su turgente seno un ramo de azucenas y dejando á su paso el ambiente de los ricos perfumes, que parecían así como un torbellino de lujos y placeres, el aroma que las flores dejan en su brisas. La primavera, en fin, había depositado en los hilos de oro de su larga cabellera, el color sazonado de la espiga, su boca semejaba una amapola en nieve, destilando miel sin amargura, porque sus diminutos dientes eran blancos, brillantes; y sus labios rojos como los pétalos de la rosa que se entreabre.

La ninfa no contenta con la nítida belleza que atesoraba, poseía además otra circunstancia adorable; era el prototipo de la elegancia.

Huelga decir que pocos momentos después eramos novios; porque, eso, sí, á majadero me gana todo vicho viviente; pero en las lides del amor no llega nadie á la suela de mi zapato.

. . . . . .

Otro día encontré á la encantadora Dulcinea, acompañada de su papá, que tiene un parecido exacto con el temible Sansón, contemplando unos gimnastas que lucían sus habilidades en la plazoleta de la Herrería.

Yo, en tanto, me aproximé insensiblemente á una cesta de harina y con el extremo del dedo índice tracé algunas letras. Pero la niña en aquel instante dió vuelta y yo, avergonzado de mi obra, para impedir que se enterase de lo que allí había escrito, nada mejor encontré que sentarme sobre la referida cesta.

En la misma noche se celebraba en los espaciosos salones del Casino, una reunión de confianza, y yo, que harto sabía que la chica concurría á esta clase de espectáculos, allí me fuí también.

Entré en el salón, y una carcajada general resonó detrás de mi. Aquello fué una hilaridad espantosa, una tempestad de padre y señor mío.

Yo dije para mis adentros. Pero, señores, ¿que es esto? ¿Se han vuelto ustedes locos?

La muchacha, á cuyo lado me había sentado, me dijo con voz temblorosa, parecida al rumor de las aves que buscan silenciosas sus modestos nidos:

—Váyase usted, yo se lo ruego.

Yo estaba aterrado. Más colorado que un pavo, con una sensibilidad enervante que recorría todos mis miembros, oía petrificado las frases que lentamente iba pronunciando mi amada.

Pero lo supe más tarde. Cuando estuve sentado sobre la maldita cesta, la parte cubierta de harina había depositado una verdadera luna blanca en el fondo de mi pantalón.

Olvidando á mi tormento, en quien había cifrado mis últimas esperanzas, eché á correr como un loco.

Con que ya lo saben ustedes. ¡Cuidadito, con hablarme de reuniones de confianza!

RAMIRO VIEIRA DURÁN.

Pontevedra.

LA CUEVA DE LA DONCELLA (1)

III

Ha pasado un año. Al finalizar éste, dió á luz Marta un robusto niño, el cual vino á hacer las delicias de sus padres, y á llenarlos de inmenso júbilo. Besaba con efusión Fernando al tierno vástago, y éste correspondía al afecto paternal con los vagidos que arranca el dolor al ser que viene á la vida, como si recelase abandonar el claustro materno por un mundo, al cual no vacilamos llamar valle de lágrimas. Quizá por esto el recién nacido lloraba, y acaso no llorase sin razón. ¿Quién sabe si su horóscopo ya anunciaba á aquella fecha que había de ser el niño de los tristes destinos?

Calmó, más tarde, Marta, afanosa, el dolor del recién nacido, acercando á su boquita el provido pecho, en el cual comenzó á beber con deleite el néctar de la vida, la nutritiva savia que fluye del pezón maternal para ir á formar la propia sangre.

Fernando, loco de contento, encaminóse, al anochecer, á la iglesia, llevando en brazos al tierno niño, el cual recibió

(1) Véase n.º 10—A 11 de esta *Revista*.

allí, por mediación del sacerdote, la regeneradora agua de la gracia, que lava las manchas del pecado y redime de su cautiverio. Pusieron al bautizado el nombre de Pablo; y, luego que el ministro del Señor terminó su cometido, restituyose Fernando á su casa con la preciosa carga.

Acababa de entrar en su morada el bizarro marino y de entregar el niño á su madre para que lo confortase con el calor del lecho, cuando se sintió llamar apresuradamente á la puerta.

—¿Quién llama? preguntó Fernando.

Y al punto se dejó oir una voz de timbre simpático, que contestaba,

—Abre Fernando: la caridad llama á tu puerta, y espero que no llame en vano.

Abrió Fernando la puerta sin dilación y exclamó lleno de regocijo:

—¡Mi querido padre José! ¡Cuánto os agradezco vuestra visita á raíz del fausto suceso que llena hoy de regocijo mi pobre casa!

La caridad entraba, en efecto, por las puertas de la casa de Fernando, encarnada en la persona de un venerable y santo ermitaño. El padre José—como le llamaba Fernando—había sido un hidalgo, en cuyo corazón riñeran cruda batalla contra el deber las borrascosas pasiones de la juventud. Próximo á perderse ya en el revuelto mar de un siglo por todo extremo agitado, sintió un día repercutir en su conciencia la voz de Dios y, obedeciendo sus mandatos, dejó el fausto y la sociedad por las soledades del retiro y por los rigores de la penitencia, vendió sus bienes, distribuyó una parte del precio entre los pobres, y erigió, con la otra, una ermita al pie de un monte contiguo á la costa, y no muy distante del puerto de Vivero.

No era avanzada la edad de este siervo del Señor: había entrado, en el momento en que lo presentamos á nuestros lectores, en los 56 años, y comenzaba por tanto á trasponer el zenit de la vida. Sus reposados ojos brillaban con esa atractiva dulzura peculiar de las almas bondadosas; mas, ante la desgracia y el infortunio, animábanse, inflamados por el santo fuego del amor y de la caridad. Velaba algún tanto la demacración de su ovalado rostro la entrecana y luenga barba que lo cubría en parte, prestándole al propio tiempo venerable aspecto, y haciendo que resaltaran más su aguileña nariz y su espaciosa frente, surcada por las arrugas que

originan la meditación y el estudio. Llevaba por único vestido una raída túnica ceñida á la cintura por medio de una tosca cuerda de esparto, la cual túnica, estaba aparejada de una cogulla ó capucha, con la que se cubría la cabeza.

No hacía el padre José la vida inactiva é inmóvil que llevaron el Estilita y otros rígidos ascetas: nuestro ermitaño asociaba á la contemplación la actividad, y el retraimiento en que se propusiera vivir no le impedía ir en auxilio de sus semejantes, socorrer al necesitado, alentar al débil, asistir al moribundo, é interponer su sagrado ministerio, pues pertenecía al orden sacerdotal: era en suma un precursor de la venerable orden franciscana, llamada á maravillar con su ardiente caridad al mundo.

Habíase quedado pobre; pero las almas, objeto de su paternal solicitnd, le socorrían con largueza. El pastor le regalaba una parte de las crías de sus rebaños, el labrador algo de las primicias de la cosecha, y el marinero sus mejores peces. Y le ofrecían estos presentes ora por amor, ora por devoción, ora por interés. Quizá parezca paradógico asociar el interés á la piedad, y no lo es, sin embargo, en este caso concreto, puesto que los donantes se prometían también que las oraciones del padre José habían de poner á salvo los ganados, las cosechas y las producciones del mar, de las inclemencias del cielo y de todo caso fortuito.

En rigor, el padre José no era mas que un intermediario que se encargaba de hacer pasar estos donativos de poder de los que no los necesitaban á aquellos que los habíau menester. Poco bastaba al buen ermitaño para subvenir á su frugal sustento, y con el resto de lo que recibía ejecutaba infinitas caridades, y socorría á gran número de necesitados.

Mas no sólo atendía al prójimo con el óbolo material de la limosna, sino que también con el moral de la persuasión y del consejo. Los afligidos por intensos dolores, los caídos de su alta posición social por azares de la tornadiza fortuna, los desheredados de las riquezas, los oprimidos por los poderosos, y los explotados por los avarientos, iban junto al bondadoso ermitaño, le exponían sus cuitas, le escuchaban y salían casi siempre ahitos de consuelo, Así es que la caridad y la abnegación de este varón ejemplar proyectaban saludable influencia sobre las almas de sus convecinos y conterráneos.

Tal era el hombre que entraba tan inopinadamente en casa de Fernando. Seguíanle dos marineros. Llevaba, el más anciauo, envuelta en blancos pañales una recién nacida, cuyo

llanto procuraba acallar en vano; y conducía el otro sobre el hombro un arca herméticamente cerrada.

El padre José, después de contestar á la salutación afectuosa de Fernando; le dijo:

—¡Hijo mio! la estrecha senda que conduce al cielo es abrupta y escabrosa. Lo es para mí que, aunque indigno, la recorro por natural vocación; imagina como será para las personas que me ayudan en mi penosa tarea, y cuyo concurso necesito. Hoy necesito del tuyo y de tu probada caridad para acometer una empresa que habrá de ser acepta á Dios, que nos oye en este instante.

—Me teneis á vuestras órdenes, querido padre José: pedidme cuanto querais y en lo que de mi dependa sereis al punto servido.

—¿No oyes llorar á esa tierna criatura que tiene en brazos este buen marinero?

—Sí, padre mio: es, á lo que veo, una recien nacida. ¡Pobrecilla!

—Esa niña acaba de nacer y de quedar huérfana á un tiempo, como que su madre la sobrevió pocos minutos.

—¡Qué desventura tan grande!

—¿Conocías á una joven de distinción, llamada Blanca, que vivía hospedada, desde hace algunos meses, en casa de tu compañero Matías, y que apareció de un modo tan misterioso en este puerto?

—Si la conocía.

—Pues esa joven acaba de morirse después de dar á luz esa criatura.

—Ahora comprendo porque se recataba tanto al ir á misa, y porque andaba triste y afligida como una Dolorosa... ¡Pobre Blanca!

—Después de dar á luz esa niña, posó, la infeliz Blanca, sus desfallecidos ojos en los míos y sintiendo que se le escapaba por momentos la vida me dijo con voz débil y agonizante: Ermitaño venerable y bondadoso voy á pediros desde el borde de la tumba el favor postrero.

Me siento morir y quisiera partir de este mundo con la dulce esperanza de que no quedaba eu él, exenta de todo amparo esa desgraciada niña, fruto inocente de mis culpas; pero también de mis dolores y de mis negras desdichas. Yo no le dejo más herencia que esa pobre arca con mis vestidos y con miserables ahorros allegados en fuerza de un trabajo más penoso que remunerador. Por ese Dios de paz, de mise-

ricordia, de perdón, y de caridad, del cual sois digno intermediario; por los dolores de su purísima Madre, superiores á los dolores que he experimentado y experimento ahora, con ser tan acerbos, os suplico ¡padre mío! que atendais á esa niña infeliz, cual si fuera vuestra hija, y finalmente os ruego que, luego que mis ojos se cierren para siempre, oreis por mi, pues harto lo necesito, y también por la salvación del que me ha reducido á este deplorable estado, para que el Señor le perdone como yo le perdono ahora. Cuando le prometí cumplir lo que me pedía, tranquilizóse, y se dispuso á morir, revelando una unción y un arrepentimiento que, ó mucho me equivoco, ó su alma divisa en estos momentos las palmeras de Sión.

—Me enternece cuanto acabo de oiros—dijo Marta—y cada vez me persuado más de que sois un santo.

—Así que acabó de espirar la pobre Blanca, cerré sus ojos, velé su hermoso rostro, que parecía sumido en dulce sueño, con un blanco lienzo, recogí la recién nacida, la bauticé poniéndole el dulce nombre de María, y luego vine aquí para que me prestarais vuestro concurso, conociendo, cual conozco, vuestros nobles corazones.

—Hicisteis bien en acordaros de nosotros: Expresadnos ahora vuestros deseos—contestó Fernando—ó mejor dicho comunicadnos vuestras instrucciones.

—¡Fernando!—añadió el padre José—el amor acaba de darte un vástago: haz de cuenta que la caridad te da ahora otro. El amor y la caridad son sentimientos gemelos, bajados del cielo para suavizar las asperezas de la vida. En nombre de esos dulces sentimientos, y en el de Dios que los inculca en sus elegidos, te conjuro á que acojas bajo tu protección cariñosa á esa niña huérfana. Dios amparó tu orfandad en las auroras de tu infancia, ¡significale ahora tu agredecimiento amparando también la orfandad de esa inocente!

En esto se deslizó una lágrima por la atezada mejilla de aquel bravo marino, y después de enjugarla con el dorso de la mano, dijo:

—¡Padre mío! ¿Pudisteis creer un solo instante que yo denegara mi concurso á la obra de caridad y de misericordia que acabais de proponerme? Me brindo propicio á acometerla, con la ayuda de Dios, en cuyo nombre me habeis hablado.

Y luego añadió, dirigiéndose á Marta:

—¡Esposa de mi alma! ¿Verdad que piensas como yo?

—No sólo pienso como tú—contestó—sino que juro por la querida memoria de mis buenos padres consagrar á esa niña los mismos cuidados que á mi hijo.

—Bien está, Marta mía. Me satisface lo que me dices: inmagínate desde hoy que has dado á luz una pareja gemela. En cuanto á vos, padre José, deponed todo recelo: cumpliremos vuestro encargo, que entraña el ruego de una moribunda, ruego sagrado para las almas honradas.

Os suplico además, hijos míos—añadió el padre José—que nada me preguntéis por hoy respecto al misterio que vela el origen de esa criatura. Día llegará en que lo sepáis. Con eso será vuestro proceder más desinteresado y noble.

—Yo entiendo padre José, y como yo lo entiende Marta, que debe hacerse el bien por la íntima satisfacción que el alma experimenta al ejecutarlo, y sin mira alguna interesada. Vivid sin zozobra respecto á ese particular. En nada os importunarémos con preguntas indiscretas.

—¡Gracias, amigos míos! Es hora de retirarme. Vendré á ver vuestra prohijada de vez en cuando y siempre que mis ocupaciones lo consientan: si para alguna cosa urgente me necesitaseis, avisadme y compareceré al momento. ¡Qne la paz del Señor sea por siempre en esta casa! ¡Quedad con Dios, hijos míos!

—El vaya en vuestra compañia, amado padre José—dijeron á una Marta y Fernando.

Ausentáronse el padre José y los marineros que vinieran en su compañía, y luego abrió Fernando el arca que uno de éstos había traído. Contenía prendas de vestir (1) que, á juzgar por su valor y esmerada confección, indicaban que la pobre Blanca era una dama noble y distinguida. Entre ellas llamaban la atención un vestido y un palio ó velo blancos, que estaban sin usar y que parecía habían sido hechos de intento para engalanar á uua novia en el acto de su casamiento. Allá en el fondo del arca aparecieron, por último, algunos pañales, camisas y chambras de peqneño tamaño, colocados allí, quizá, por la finada, en la previsión de su próximo alumbramiento, y unas cuantas monedas.

Fernando se acercó al lecho, donde se hallaba Marta y le enseñó el vestido y el velo: después de contemplarlos,

(1) Según se desprende de los mandas ó legados contenidos en algunos testamentos, los trajes que usaban las mujeres gallegas en el siglo X eran el mantum (manto) las pieles (pellem capapellem) faja (fascia) saya (sagia) y palio ó velo (pallium.)

ésta con femenil curiosidad, exclamó, embargada por súbita emoción.

—Están sin usar, al parecer, y son sin embargo ropas de boda. ¿Habrán sido hechas para la pobre Blanca? ¿Habrá estado la infeliz en vísperas de casarse? Si la desgraciada sufrió tan cruel decepción ¡cuán embriagadoras esperanzas debieron sonreirle al ver confeccionar esas delicadas prendas que habían de ser después su tormento! Una cosa no me explico sin embargo, esposo mío, ¿cómo no concluyó por deshacerse de ellas, toda vez debían evocarle á cada instante tristes recuerdos?

—Quizá la infortunada joven las quiso retener para atenuar su falta, para evidenciar que sólo, merced al engaño y á la falsía, pudo entregarse al que la sedujo, según todas las probabilidades. Misterios son estos por lo demás, Marta querida, que mi rudeza no acierta á esclarecer. El padre José nos prometió revelarlos á su debido tiempo.

Los generosos protectores de la tierna María infirieron de las palabras del padre José y del reconocimiento que acababan de hacer, que esta niña debía proceder de familia linajuda: que Blanca fué, según todas las probabilidades y apariencias, víctima de las asechanzas de algún mal caballero que, faltando á sus promesas, la sedujo y abandonó, y que al nacimiento de la tierna criatura debió proceder una odisea de dolores.

Mas aquí paraban las inducciones de Marta y de Fernando en tanto grado que, cuando se afanaban por continuarlas, se perdían en un dédalo de conjeturas. Tentados estuvieron, movidos por la curiosidad, á interpelar al padre José; pero desistieron de tan inconveniente propósito, contenidos por el respeto que les inspiraba y por el compromiso que con él habían contraído.

Devolvió Fernando al arca las ropas que había sacado, la cerró, y se ocupó después en disponer lo conveniente para que no faltasen á María los asíduos cuidados que reclama una recién nacida. Marta no podía lactarla puesto que ya amamantaba á su hijo, y debía continuar haciéndolo. Su complexión no era robusta y, aunque lo fuera, no quería Fernando imponerle la tarea abrumadora que supone criar dos niños á la vez.

Acordóse entonces el bondadoso marido de Marta de la esposa de un marinero que vivía cerca, la cual se apercibía á cesar en la lactancia de un hijo suyo, ya entrado en los once

meses; la ajustó sin dilación, la trajo á casa y esta mujer fué desde entonces la nodriza de María. Llamábase Susana.

A partir de esta época, ofrecía el hospitalario albergue de Fernando un idilio enternecedor. Era de ver como la caridad y el amor cobijaban con sus alas de oro estas dos inocentes criaturas, las cuales aspiraban á una el dulcísimo ambiente impregnado de cariño y de ternura que anidaba en aquel recinto, se amamantaban al unísono, eran objeto de los mismos cuidados, y compartían por igual el afecto de Marta y de Fernando.

Marta abandonó luego el lecho, y así que se repuso por completo, enderezó sus afanes al cuidado, á la asistencia, á la crianza de aquellos dos angelitos.

Levantábase después de amanecer, juntamente con la nodriza que criaba á María, é iba, puesto el dedo sobre el labio y posando apenas sobre el suelo el leve y enano pie, á acechar el sueño de la infantil pareja. Si era profundo, ocupábase en aderezar el frugal almuerzo á Fernando, el cual solía retornar de la pesca á aquellas horas: en tanto esperaba á su esposo, y chisporroteaba sobre el hogar el fuego con que se calentaban las viandas, dirigía á la Virgen la oración matinal acostumbrada. Luego que llegaba Fernando, almorzaban juntos, sin apartar los ojos de los tiernos niños, que dormían por lo común con la paz y con el sosiego que inspira la inocencia. Si el llanto anunciaba el despertar de los niños, acudía presurosa, Marta, seguida de la nodriza, junto á ellos, y les amamantaban, les limpiaban los pañales, y tornaban á aquietarlos, y á adormecerlos al compás de los cantos populares, á la sazón en uso.

Este cuadro de dulcísimos tonos reproducíase á la noche con muy ligeras variantes. Sonaba el toque de la oración, y asentábanse Marta y Fernando en torno de una vieja mesa, y cenaban. Terminada la cena, levantabase Fernando, imprimía sendos besos en las mejillas de los niños, abrazaba á Marta, recordándole pidiese á la Virgen le restituyera sano del mar, y le otorgase suerte en los lances de la pesca, y partía, por último, á la playa para embarcarse. Marta se acostaba después, acercaba á su lecho las cunas de Pablo y de María, y se entregaba á ese sueño ligero é intermitente conque duerme la madre afanosa ante el natural recelo de que sus hijos despierten inopinadamente, ó hayan menester de sus cuidados.

(Continuará).

SALDO DE CUENTAS

Urgencias y quehaceres, que nunca faltan á quien vive de la cuotidiana labor, fueron causa de que las tenga muy atrasadas con varios cariñosos amigos, que, á pesar de mi alejamiento, (no gustoso, sábelo Dios) del campo de las letras, no me dan jamás al olvido cuando regalan al público con alguna nueva flor de su peregrino ingenio. Y como quiera que jamás deseé pasar plaza de ingrato, que es, según dijo no se quien, á más de feo sobradamente avaricioso, puesto que la gratitud es tan barata como bella, quiero darles aquí recibo finiquito de sus finezas, al par que muestra clara de lo mucho en que las tengo.

*
* *

En riguroso turno cronológico, tócale el primer lugar á mi buen amigo el Sr. Díaz de Rábago, el erudito autor de *La hipoteca independiente,* discurso pronunciado en el Con-

greso agrícola y de pesca, celebrado en Santiago el año 86; y del cual trabajo se hizo ahora un primoroso opúsculo. Publícalo á este tiempo el Sr. Rábago, porque como con áurea frase dice en la carta dedicatoria que lo encabeza, en elaboración y próximo á publicarse el Código civil "puede no ser ociosa labor ni hecho estéril la publicación de este discurso..... fruto de mis meditaciones y lecturas sobre *La hipoteca independiente;* pues una vez tomados en consideración por el Congreso gallego los datos y razones que aduje, y convertidos en fundamentos tácitos de la conclusión votada..... tienen derecho á golpear á las puertas de la opinión para que les abra paso y recomiende.„

Trátase como se ve, de cosa juzgada ya; y juzgada por toda la autoridad de la respetable reunión donde fué presentada, y por esto, y por ser yo lego en tales materias, he de limitarme á decir, que si este trabajo mereció ser tan considerado como fué por lo completo y lo profundo, está presentado además en la galana y gallardísima forma que el señor Rábago sabe dar á todos los suyos, no es cosa frecuente por cierto que la brillantez del estilo y la sensatez de los conceptos se encuentren unidos en tan dichoso maridage; antes bien parece qne la discreción en el decir, la hermosura de la frase y la lozanía del lenguaje, no son patrimonio de las obras científicas y docentes. Y hasta en alguna ocasión pudiera pensarse que de propósito hay quien se empeña en hacérnoslo creer: de tal suerte se olvidó alguno al escribir de ciencia, de las leyes y formas del buen decir.

Afortunadamente hay también quienes, como este amigo mío, son tan discretos pensadores como escritores primorosos; y hacen á la vez gala y ostentaeión de ser ambas cosas. En tales casos es poco para agradecérselo toda loa y alabanza; que si la ciencia gusta mucho á quien tiene el paladar hecho á sus dulzuras, cuando estas se acompañan del sabroso aroma con que las flores del lenguaje las realzan, entonces sí que encanta y enamora.

A los muchos aplausos que con sus libros lleva cosechados, una el Sr. Díaz de Rábago el que con esta ocasión me complazco en tributarle.

* * *

Con un hermosísimo trabajo de monseñor Bougaud, titulado *Religión é irreligión*, dió comienzo el erudito escritor Sr. Villelga á la nueva *Biblioteca católica contemporánea*, que en unión del infatigable editor Daniel Cortezo empezó á publicar en Barcelona. Conocidas y alabadas cual se merecen son las obras del Obispo de Laval, tan elegante prosista como atinado pensador; y esta que como preciosa muestra de ellas se nos entró por las puertas de nuestra literatura es sin duda ninguna de las primeras entre las mejores.

Nada más importante en nuestros tiempos que esos estudios, que, con frase moderna, se llaman de sociología; y en los cuales se encuentran expuestos de peregrino modo tan pronto los espantables cuadros de vicios y desórdenes que no por ser viejos dejan de ser novísimos, como la síntesis de opiniones, escuelas y tendencias cien veces redivivas aunque siempre con vario ropaje y aparato: todo esto hilvanado con cierta semilla y clarísima filosofía, que viene á ser como el hilo de oro que engaña todas las perlas. A estos libros pertenece el que ahora me ocupa, sin que por esto se vaya á juzgar que es más bien trabajo agradable que profundo y bien pensado. Tan lejos de eso: si enamora por la originalidad y gallardía de la forma, digna por cierto de ser envidiada aún por aquellos que más se precien de galanes estilistas, no admira menos por los trascendentes problemas que agita y estudia. La Religión en todas sus distintas fases considerada; el culto á la Divinidad en sus variadas formas; el hombre, la familia, la sociedad, he aquí los asuntos que llenan las sabrosas páginas de este libro. Consagrado á combatir la indiferencia religiosa y la impiedad, hácelo estudiando con raro acierto y de peculiarísima manera la influencia perniciosa que estos males ejercen en la humanidad; y oponiendo en cada caso el oportuno remedio.

Respecto á la traducción el mejor elogio que de ella puede hacerse es decir que la hermosa disertación de Mr. Bougaud al ser vertido al castellano por el Sr. Villelga, no ha perdido nada de la frescura y del esplendor de que á manos llenas está sembrado el original. Si de antemano no estuviese el Sr. Villelga acreditado de ser tan esmerado traductor como escritor erudito y afanoso, bastaría esta obra para darle de tal patente cumplida y bien ganada.

*
* *

El docto catedrático de Disciplina eclesiástica D. Miguel Eleizegui, leyó con motivo de la inauguración de las Academias de Derecho un razonado y erudito discurso, que acaba de publicarse, y que fué recibido con singular aplauso, versa este trabajo sobre *la influencia del Derecho romano en el canónico;* y á más de estar discretamente expuesta la materia, tiene en muchos y muy varios puntos, oportunos y muy valiosos comentarios, fruto de largas y aprovechadas meditaciones: sirvan de ejemplo las sabrosas notas que en el apéndice aparecen acerca de las legítimas, y que bien á las claras manifiestan la mano de un maestro.

Éslo sin duda el Sr. Eleizegui, y así lo reconocen propios y extraños, en la intrincada materia que constituye su especialidad; y harto lo demuestra este su trabajo, que á pesar de no ser cosa hecha con la calma y preparación de una obra de empeño, y sí sólo para satisfacer la necesidad del momento, tiene rasgos y caractéres que mucho y altamente lo avaloran.

Lástima grande es que los profesores de la Escuela compostelana no se den más á escribir, para que de todos fuese conocido lo mucho que cada cual trabaja en los estudios de su incumbencia. Si así lo hicieren, fuera seguro que adquirirían fama y renombre más cimentado y verdadero que otros muchos de oropel que más de lo debido se ensalzan y veneran.

Titulado "*Foguetes*„ acaba de publicar el Sr. Pérez Ballesteros, un bonito libro, muy adecuado en verdad al objeto á que su editor Sr. Martínez lo dedica, cual es hacer con él un regalo de Páscua, á los suscriptores á la *Biblioteca Gallega*. Es una colección de chascarrillos y agudezas, conocidas muchas de ellas ya, y puestas en verso gallego por el autor del librito. Todas ellas, son inocentes y cultas, y propias por lo tanto, para toda clase de personas; y por lo bien hecho de la edición, resulta un obsequio muy agradable.

*
* *

Y no por estar dedicadas estas cuartillas á la Revista "Galicia„ he de pasar en silencio, cuánto la literatura gallega debe al Sr. Martínez Salazar, campeon decidido de nues-

tro regionalismo, por cuya prosperidad tiene empeñadísimo entusiasmo. La *Biblioteca Gallega*, que á él se debe, enriquecióse en este año, con nuevas producciones interesantes todas y muy valiosas muchas; y la acertada dirección que le imprime, hace esperar fundadamente que llegará á ser cada vez más importante.

La labor emprendida por el Sr. Martínez es verdaderamente colosal, mucho más en este pais donde por razones, quizá más complejas de lo que se cree, es difícil hacer prosperar tales empresas. Esta consideración aumenta los motivos de gratitud que tenemos hácia el Sr. Martinez, cuantos sentimos amor á las bellas letras y á esta bella región.

J. Barcia Caballero.

Diciembre, 1888.

ALGO...

I

Cuando por vez primera se miraron,
El joven corazón latir sintieron;
Ambos á un tiempo mismo suspiraron
Y la obra del amor reconocieron;
Por eso con fe viva se adoraron,
Por eso mil locuras concibieron
Y aquel afecto que en su pecho hallaron
Emanación divina le creyeron.

II

Cuando al verse de nuevo cavilaron,
Extrañas sensaciones recibieron,
Del celestial amor apostataron
Y á otra pasión sus entusiasmos dieron;

Por eso venturosos olvidaron
Aquel feliz pasado en que vivieron,
Por eso sus caricias duplicaron
Y el amor y el deseo confundieron.

III

Y cuando al fin de todo meditaron
Sobre uno y otro amor, cuando supieron
Que el ansia del espíritu burlaron
Y sólo á la materia obedecieron;
Cuando el pasado encantador miraron
Y el presente sin galas sorprendieron;
El primitivo amor tanto envidiaron
Como el segundo tanto aborrecieron.

R. Pesqueira Crespo.

LOS TRES EXPÓSITOS (1)

POR

DON MARCIAL VALLADARES NÚÑEZ

IV

Acogido tambien Indalecio en casa de Liborio, mejor dicho, en casa de la mujer de este, bien que sin muestras de grande júbilo á causa del fallecimiento de su adoptivo padre, fallecimiento que supo entonces y medio sospechaba, en vista de las noticias recibidas, acerca de su enfermedad, antes de retirarse del ejército con licencia ilimitada; permaneció en aquella casa muy pocos días. Comprendía ser gravoso allí y, viendo que á su adoptiva madre nada le faltaba al lado de su hijo y nuera, trató inmediatamente de ganar pan, subsistir por sí, buscar amo, en una palabra, á quien servir. Sirvió, pues, como unos seis meses en cierta casa; como un año, en otra y el 17 de Noviembre de 1878 entró en la de D.ª Sofía de Montalvite, vecina de San Pedro de Donas, región del Ulla.

Indalecio, que algo había visto ya y recibido más de una

(1) V. t. II—p. 609.

lección del mundo; de pasiones nada violentas y hasta sin amores, que nunca tuvo ni quería tener, acostumbróse pronto en Donas y, adquiriendo apego á las cosas todas de la casa en que se hallaba, atendía lealmente al cumplimiento de sus deberes.

D.ª Sofía sentíase con esto muy complacida y dábase la enhorabuena por el hallazgo de un criado fiel y de confianza tanta, que hasta el cajón del dinero podía dejarle abierto, sin recelo de que un céntimo le faltara. De buena presencia, simpático, nada pendenciero, antes dulce, de palabras *meigas*, al parecer hipócritas, pronto igualmente conquistó amigos en la parroquia y los domingos y días de función solemne, con su pantalón de corte, chaqueta fina, camisola planchada con jemelos en los puños, pañuelo de seda al cuello, reloj de plata en el bolsillo del chaleco y leontina pendiente de un ojal del mismo, semejaba un señorito; las mozas bebían por él los aires y D.ª Sofía decía para sus adentros: "No parece sino que mi criado es hijo de algun marqués. "Y era que Indalecio, llevado hasta cierto punto de la corriente de nuestros tiempos, en que el lujo se desborda, no quería ser menos que sus amigos, en quienes se miraba y con los cuales bailaba en las romerías, ó la *república*, como dicen las labradoras, iba á cantar los *Reyes* en distinguidas casas del contorno y de máscara, ó sin ella, algun día de carnaval, todo con permiso de su ama y sin desatender su obligación. Esto no obstante, muy raras veces se le observaba alegre, nunca, ó casi nunca, reía y noche hubo en que, con los brazos apoyados en las rodillas y el rostro sobre las manos, no daba habla. Indalecio padecía entonces mucho, meditando en su infeliz suerte, gruesas lágrimas humedecían sus ojos y su corazón se oprimía ante la ignorancia absoluta de quien fuese el autor de su existencia, ó, cuando menos, su verdadera madre; y eso que el 23 de Mayo de 1879 cobrado había en Pontevedra 483 pesetas 33 céntimos, importe de los alcances que, como soldado, le habían correspondido en su final ajuste y tenía depositadas en manos de D.ª Sofía.

Cierta tarde que sembraba habas en una de las platabandas de la huerta de su ama, bajó ésta á inspeccionar la siembra; entraron ambos en conversación y aprovechándose Indalecio de la coyuntura aquella, dijo á D.ª Sofía:

—Señora, una cosa quisiera manifestar á V. y casi no me atrevo.

—¿Alegre, ó triste?

—¡Que sé yo!

—Habla y sin rodeos.

—¿Serviré yo para casado? ¿Deberé casarme, ó no?

—En tiempo de casarte estás; ahora si sirves, ó no, para casado, si debes, ó no, casarte, eso no me toca á mi decírtelo; consúltalo con tu conciencia y tu confesor; mide tus fuerzas; piénsalo mucho y, si con vocación te sientes luego para el matrimonio, cásate; pues vale más casarse que abrasarse y trabajo honroso de casado, que vida mala de soltero.

—Mil proyectos calientan mi cabeza y, si bien nunca fuí derretido por las mujeres, ni me halaga mucho la vida de casado, conozco que la mocedad desaparece pronto y que, solo como yo me veo en el mundo, mal lo pasaré el día en que, enfermo, ó viejo, no tenga quien me cuide, ni dé siquiera un sorbo de agua.

—Discurres bien y yo, en tu caso, á la cruz del matrimonio me abrazaría. Una buena mujer hace esa cruz ligera si es quien debe el hombre. ¿No echaste ya el ojo á alguna joven de tu edad?

—Una existe en esta parroquia, una á quien trato un poco y que no deja de agradarme, pero, desgraciada como yo, no conoce padres, ni tiene otra cosa más que un regular palmito y buen carácter, en mi concepto.

—Eso último es lo principal; pero, nada ó poco, tu, y nada ella, es una contínua noche, ocasionada á tropiezos y desventuras que, si antes del matrimonio no se ven, ó no se quieren ver, aparecen después demasiado duros, en toda su desnudez y realidad.

—En cuanto á eso, señora, creo que mi adoptiva madre no vacilará en cedernos gratuitamente, al menos por algún tiempo su casita, hoy cerrada, y mal sería que, con albergue en que morar y los alcances que en poder de V. conservo, no acertásemos á ir fundando vida.

—Herrar, pues, ó dejar el banco; casarse pronto, ó renunciar definitivamente al matrimonio y, si de algo sirvo en el asunto, contar conmigo.

—Gracias, ama mía.

(Continuará.)

LA HIPNOLOGIA EN NUESTROS DIAS

Discurso leído en la

Universidad Literaria de Santiago durante la

solemne inauguración del curso académico

de 1888 á 1889 por

D. TIMOTEO SÁNCHEZ FREIRE

Catedrático de clínica quirúrgica.

I

Cuando el médico desconoce Psicofisiología, y no se ha cuidado de estudiar detenidamente el proceso de la hipnosis y su técnica, ni sabe que actitudes ideorgánicas es necesario tengan los sujetos que reclaman los auxilios del nuevo sistema terapéutico, presenciará por cierto tantos fracasos cuantos sean sus ensayos, y correrá el riesgo de ocasionar males que no pueda remediar. A todo esto sin duda es achacable el progreso lento y laborioso de la Hipnología mientras tuvo cegadas las fuentes de donde sus conocimientos emanan.

No en todos los individuos actúa con facilidad igual la acción de determinado medio hipnógeno: la fijación de la

vista en un punto cualquiera es suficiente alguna vez; convendrá en otras sustituirle por un punto brillante, según el procedimiento de Braid; por una luz intensa, como hace Charcot; y aún por el aparato de Sánchez Herrero, el cual, según aserto de su autor, vence las más tenaces resistencias. Sin embargo el procedimiento de la escuela de Nancy, que consiste en la fijación de la vista y la sugestión simultáneas, produce los resultados más generales y completos que hasta hoy es dado obtener. Terminado un decurso de minutos, rara vez de horas, durante el cual el paciente ha de concentrar su atención en el motivo que se le propone, se desarrolla el sindromo de la hipnosis, apareciendo primero la prefación del sueño y luego este confirmado; más sucede de ordinario que en las primeras sesiones no se produce el grado de somnificación conveniente, sea por resultar incompleta, ó porque sigue una marcha irregular; lo cual no importa gran cosa, puesto que todo se remedia en hipnotizaciones ulteriores.

Caracterízase el *primer grado* por movimientos del iris, hiperemia conjuntival, lagrimeo, agitación especial de los párpados, cierto grado de palidez y enfriamiento de la piel, laxitud muscular y sueño. Inmediatamente despues preséntanse otras manifestaciones, en las cuales se ingieren las diferencias individuales, como son la tendencia á la excitabilidad de las facultades sensitivas y el decremento de la aptitud por el dolor. Durante este período, que es el monodeico de Ochorowicz y el presonambúlico de Sánchez Herrero, el durmiente conserva las relaciones exteriores, adquiere alguna sugestibilidad, se despierta fácil y espontáneamente, y recuerda cuanto le ha pasado.

El tránsito al *segundo período*, ó fase sonambúlica, necesario en toda hipnotización eficaz, se realiza por gradación suave de los últimos fenómenos del primero. En efecto, se aumenta la excitabilidad sensitiva, la piel y las mucosas se insensibilizan, y se borran los límites de la memoria y de la sugestibilidad; la reversión á la vigilia no siempre se hace espontánea, y al despertar no se recuerda nada de lo que pasa en el estado ipnótico.

Después de llegar á este punto, el hipnotizado se convierte en un instrumento vivo y racional del operador, en un autómata que ofrece tantos y tan variados modos de ser, como implican sus aptitudes psíquico-orgánicas. Instrumento que el hipnotista debe conocer tan perfectamente como

sea posible, asi como la *sugestión*, la que es el libro de música de donce ha de tomar las piezas que quiera ejecutar. Siguiendo en tal ejemplo, puede decirse que hay instrumentos que ya salen de fábrica inútiles, como son los idiotas y los imbéciles; otros que se han inutilizado después: los dementes; no pocos de pacotilla: muchos alienados y ciertas mujeres histéricas; y, en fin, alguno que otro se desafina durante una hipnotización irregular, si bien la sugestión le templa fácil y seguramente. Para que se forme cabal concepto de la sugestión que informa al hipnotismo moderno, se puede asegurar que este sin aquella parécese á un verbo reflejo en el presente del modo infinitivo sólo por ella conjugable. Insinúase la sugestión por todos los medios idóneos para sugerir ideas, hasta el grado en que el sujeto dormido llega á ponerse en tal *relación* con el operante, que alguna vez *adivina* los pensamientos de este, del mismo modo que ocurre en la vida ordinaria cuando un individuo está en las interioridades de otro. Variando los grados de intensidad y los procedimientos de la sugestión, se llega á modificar la mayor parte de las funciones y facultades psíquico-orgánicas, y muy en especial la sensibilidad, la motilidad, la memoria, la imaginación y la voluntad. Por su intervención el médico produce en el acto todos los movimientos de que el sujeto sea susceptible, é igualmente parálisis y contracturas, aún de la vida orgánica, hasta llegar al estado cataleptoide; ocasiona anestesias é hiperestesias, algesias y analgesias locales y generales; determina isquemias é hiperemias, seguidas ó no de hemorragias; modifica las secreciones; aumenta, disminuye y pervierte la actividad de los sentidos; hace que la imaginación forje concepciones reproducidas, posibles y fantásticas; suspende la memoria sensitiva é intelectiva, ó bién dilata sus límites de una manera tal que se recuerdan los sucesos más lejanos y con un lujo de detalles que parece inverosímil, y, por último, el hipnotizado acepta y cumple todo cuanto le sugiere el médico, si bien oponiendo en veces una resistencia vencible. Hay más aún, y es que la verificación de los actos sugeridos puede ser emplazada para una fecha no muy lejana, y tendrá lugar durante el sueño ó en estado de *aparente* vigilia, siempre que así se ordene. Aparente digo, porque, contra la opinión más general de los tratadistas, afirmo, y basta para esto la observación, que todo acto de la sugestión hipnótica es de hipnotismo puro, una vez que le acompañan caracteres distintivos de este, por

esto debiera llamarse *vigilia hipnótica*. Todos esos fenómenos aparecen, se desvanecen y reproducen en breve tiempo, según al médico le convenga.

He ahí en sinopsis los hechos más culminantes del hipnotismo regular y típico, cuya trascendencia á la Psicofisiología y á la Terapéutica se deja conocer facilmente; más ensayemos antes qué interpretación natural y lógica les corresponde.

(Continuará).

LA COMERCIAL:
Establecimiento Tipográfico de la Papelería de Ferrer
REAL, 61.—LA CORUÑA
1889